



# "EL CURANDERO"

Por JULIO DEL ORIA

**T**ERESA, Teresa!, la Inés se ha curado. Ven, parece otra. Respira ya normal y la fiebre le ha bajado a treinta y siete. Teresa era una opulenta hembra a la que nadie había podido encasillar con certeza en su auténtica edad. Representaba cuarenta años, pero ninguno de sus convecinos hubiera apostado un solo duro en que no había sobrepasado las cinco décadas.

Pesa a sus anchuras, tenía un porte distinguido y una fuerza dominante en todas sus acciones. Mandaba y se la respetaba. Era una importante solista dentro de aquella proteiforme orquesta humana que componía el vecindario del Arenal.

Las viviendas, sin poder adjetivarse como chabolas genuinas, no llegaban a la calificación de «casa decente» por mucho espíritu de complacencia que se quisiera poner al juzgarlas. El Arenal, páramo en el suburbio, no haría más de diez años en que su lejanía de la capital se antojaba abrumadora. Ahora la cosa cambiaba; la ciudad se le iba acercando con sus modernos y funcionales bloques de casas, siempre ocupadas por la clase trabajadora que, intentando desligarse de la condición proletaria, se inclinaba a formar cuerpo de una honrada burguesía llena de estímulos de superación.

Las raíces de la gran ciudad se iban aproximando hacia aquellos terrenos de aspecto sahariano, sin sombra alguna de vegetación, en los que el hombre humilde imponía su marchamo de civilización mediante la construcción de esquemáticas viviendas con un claro acento de autoarquitectura y sacrificio.

Teresa era dueña de un carácter en el que se mixtificaban, con ruidos y notables contrastes, la bondad, con la iracundia; el deseo de agredir, con el regusto de ofender; la educación tosca, con la incorrección grosera. Era un producto genuino de aquella esfera social; un ser autodidacta criado en los aledaños de la civilización al que sólo dos cosas le hacían mantenerse dentro del campo de la convivencia humana: sus buenos sentimientos y el ser la persona de confianza de «el Señorito».

Cuando acudió a ver a la Inés, a requerimientos de su hermana, entró en la casa con decisión. Ella se sentía participante del éxito en la mejoría de la vecina. Inés era una chiquilla de doce años, que mantenía una fiera lucha para no cambiar el Arenal por la Paz de los Justos, desde que su madre tuvo la ocurrencia de alimbrarlo. Desnutrido, con miembros requilicos, era el mejor terreno abonado para cualquier enfermedad; a todas las prestaba generosamente su precario cuerpo para que en

él se solazaran alevosamente. Pero desde hacía dos años, en que llegó por aquellos parajes «el Señorito», la chica era otra. Ni cogía ya toda enfermedad que por allí rondara, ni claudicaba ante la que solpeadamente hacía presa en su frágil organismo. Allí estaba «el Señorito» para darle unas gotas o unos polvitos y lograr que el rubor de la fiebre se tornara en el de la salud.

La madre de Inés le enseñaba el termómetro a Teresa.

—Treinta y siete nada más. Y ya no tiene fatiga. Mira qué bien respira.

Inés sonreía con tristeza, pero sonreía. Una vez más había podido con esa ciudadana de la queña a la que «el Señorito» no la dejaba arrebatar su presa.

Teresa estaba contenta por doble motivo: le era simpática la chica y estaba paladeando con fruición el momento en que le comunicara la mejoría a don Vicente —para ella su jefe no era «el Señorito»; quizá fuera el único habitante del Arenal que hacía uso constante del patronímico—.

—Un éxito más de «el Señorito» —comentaba una vecina allí presente—. Como siga así, va a venir gente hasta de Toledo. Lo que no sabía aquella mujer, con tan modesto sentido de la geografía, es que «el Señorito» había recibido hasta un enfermo del Principado de Andorra. Su fama iba traspasando las fronteras provincianas y se hacía reclamo en zonas fronterizas.

A las cinco de la tarde, como todos los lunes, miércoles y viernes, el tubo de escape de una motocicleta era el pregón que anunciaba en la barrida del Arenal la llegada del curandero. «El Señorito», para todos, y el omnipotente don Vicente, para Teresa.

Una docena de personas aguardaban, ilusionadas, la aparición del curandero, con una fe maravillosa. Aquello era una versión pagana de la piscina de Lourdes por la unión de los enfermos y las sorprendentes curaciones que allí se lograban.

A la puerta de su casa, Teresa vociferaba enérgicamente.

—¡Se han acabado los números! Ya sabéis que «é» no quiere consultar más de diez.

Un viejecito insistió: —Pásmame como sea. Me encuentro hoy muy mal.

Teresa persistía en su negativo. La mujer del viejecillo le metió dos pesetas en el delantal y aquel pequeño chantaje obró como fuerza estimuladora de su bondad.

—Está bien, hoy pasará. Pero ya sabéis que a las cuatro recojo números.

Inmediatamente los hizo pasar al recibimiento; una habitación irregular de dos metros por cuatro, a la que prestaba luz y ventilación un ventanillo pequeño ador-

nado con una cortinita de dril. Seis sillas, una fotografía de la dueña de la casa, enmarcada por una barroca moldura y dos tricomas de almanaque publicitario, constituían la ornamentación del «salón de espera». En un ángulo, bien visible, un pasquin de gran tamaño rezaba con letras grandes:

«Aquí se recibe a toda clase de enfermos. La gratitud es la mejor prenda del hombre. Si sales curado, sé generoso en tu donativo. Se ruega silencio, compostura y respeto para quien tiene el don de la curación.»

En un lateral de la pared, desnudo en su decoración, flameaba, pendiente de dos chinchetas, un gran cartelón de programa del cine Excelsior, local próximo al Arenal, que renovaba su propaganda semanalmente. Allí le reportaba a Teresa el cosejo de dos butacas de patio todas las semanas, desde hacía siete meses.

El curandero, tras encadenar su motocicleta a un árbol, penetró en la casa con un pequeño maletín. Todo el público que le esperaba se levantó, respetuosamente. —Buenas tardes —saludó «el Señorito». Abrió una puerta y se introdujo en una pequeña habitación contigua.

Era un hombre joven, de unos treinta años. Correctamente vestido y pulcro en su presencia. Su aspecto no coincidía con el estereotipado y clásico del curandero misterioso, mitad real y mitad leyenda. Era sencillo en sus movimientos.

Se despojó de la americana y se colocó un amplio sayón negro. Diríase que era un hábito de nazareno. Abrió el maletín y colocó sobre una mesa rústica, cubierta con un tapete pardo, un montón de frascos de diferentes tamaños, que contenían polvos, píldoras, soluciones líquidas y ungüentos. Todos ellos estaban etiquetados con curiosos apellidos: «flor de helecho», «crepúsculo boreal», «sarmiento vivificador», «coral indio», «raíz sagrada», «germen de vida»...

En una pequeña repisa, junto a un barómetro antiguo y un reloj de esfera luminosa, una lechuza diseada imponía la nota de específica nigromancia.

Cuando el curandero se disponía a encender un gran velón amarillo, que resacaaba sobre una toca palmatoria, entró Teresa con una pecera ovalada, en cuyo interior, inmersos, se contoneaban elegantemente dos magníficos peces rojos.

«El Señorito» era hombre de pocas palabras. Con un leve gesto ordenó a Teresa que entrase el primer cliente. Ante él, ella se sentía cohibida. Le admiraba y respetaba como un ser superior en el que corrían dones extranaturales.

—Perdón, don Vicente. La Inés está mucho mejor.

—Lo esperaba. De todas formas, dile a su madre que no la deje moverse de la cama y que siga tomando las gotas de «coral indio» hasta el lunes. Manda entrar.

La voz de Teresa, liberada de la presencia de su «jefe», se percibió clara y enérgica:

—El número uno, que pese. Un hombre de mediana edad, con la boina estrujada entre sus manos nerviosamente, se colocó de pie frente al curandero. Allí, el único que se sentaba era el extraño personaje, cuyo hábito negro ofrecía un contraste enigmático ante el reflejo de la luz del velón. Un silencio absoluto presidía la escena. «El Señorito» necesitaba concentrarse antes de proceder a administrar su específica y original medicina. Era un requisito indispensable.

Teresa, al facilitar el número, hacía siempre hincapié a todos los enfermos nuevos:

—Cuando entre quedará silencio y se estará quieto, de pie, hasta que don Vicente termine de concentrarse y le prequente. ¿Entendido?

«El Señorito», con los ojos bajos y un estallido perfecto, parecía un ser inanimado. El enfermo «torturaba» la boina.

—¿Qué le pasa?

—Me duele aquí —se señalaba por encima del ombligo— atrocemente; se lo aseguro... tengo vómitos a todas horas. Me encuentro cada vez peor.

—Desde cuándo tiene ese color paizo?

—Desde las Navidades.

—¿Ha adelgazado mucho?

—Lo menos quince kilos.

El curandero fijaba los ojos en la pecera mientras en ella los peces describían rapidísimos quebras. Al poco tiempo se decidió a hablar.

—Que venga alguien de su familia y le dará los extractos para que se cure».

El enfermo ni osaba preguntar. Estaba, como todos, impresionado.

—¿Qué le tengo que pagar?

—Aquí no se cobra nada —cortó tajante—. La «voluntad» puede dejarse en la cestiña de al lado de la puerta.

Teresa hizo pasar al siguiente. Un hombre maduro, congestionado, con un fuerte tinte violáceo en su piel y mucosas.

Tras el ritual del copas silencioso, le invitó a explicarse.

—Me fatigo mucho, y mire, mire mis tobillos. Los tengo como botas. Tengo que ebrir los zapatos para calzarme. Algunas veces el pecho se me oprime...

La contemplación piscícola le infundió presto el tratamiento adecuado.

—Tomará veinte gotas de este frasco «coral indio» —antes de comer y cenar, y una píldora de «sarmiento vivificador» a media mañana. Vuelva dentro de



un mes. ¡Ah!, no tome sal y beba poca agua.

El enfermo depositó cincuenta pesetas en el cestillo. Aquello era una voluntad influenciada por los explícitos consejos de Teresa a todo el mundo:

—Don Vicente no quiere cobrar, pero le encanta la gratitud, y menos de diez duros, ni es gratitud, ni es nada.

Cuando estaba terminando con el último enfermo, Teresa le avisó que, fuera, esperaba la mujer del que inició la consulta. «El Señorito» daba las instrucciones finales...

—Se curará antes de un mes. Disuelve dos píldoras de «Ilor de helecho» en medio vaso de agua tibia; siempre antes de comer. Si se le acaba el frasco, vuelve por otro.

Inmediatamente hizo su aparición la mujer del hombre pajizo.

—Señora, su marido no tiene cura. Lo sé, es un cáncer de estómago y, desgraciadamente, se morirá pronto. Debe hacerse cargo de la situación.

—Pero, ¿cómo lo sabe? —la mujer se iba irritando por momentos—. ¿Es que usted se cree que por mirar a los peces va a enterarse de las miserias que tenemos? ¡Maldita sea! Es usted un embustero y un embaucador. Mi marido ha venido a verme porque es un majadero y un cretino. ¿Lo entiende? Pero a mí no me engañan los cazabobos. No ha «molado».

Un fuerte portazo fue el epílogo de tan agria oratoria.

El curandero no se inmutó. Jamás perdía la compostura, y más de una vez había oído frases acusatorias, capaces de acabar con la lactancia del más vanidoso y la paciencia del más templado. Se despojó del hábito. Guardó todos los frascos en el malecón y se puso la americana. Tenía buena fama y educación. Por algo le llamaban «el Señorito»... ¿Un «cara»? ¿un sinvergüenza?... todo era posible, pero no había duda, tenía porte y distinción.

—Don Vicente, hoy han sido ochocientos veinticinco pesetas.

Con aire displicente, como el que gana un salario honrado, se echó al bolsillo la ganancia de la tarde.

—Tome, diez duros. Hasta el viernes.

—Adiós, don Vicente. Muchas gracias.

La cuate del alquiler de aquel templo de la medicina curandera se satisfacía religiosamente al término de aquella parodia de consulta médica. Treinta duros semanales, setecientos pesetas al mes, sin incluir las propinajas que se dejaban caer, no estaba mal. «El Señorito» tampoco se podía quejar. Un día se llegó a embolsar casi dos mil pesetas...

La puesta en marcha de la motocicleta señalaba el final de una provechosa jornada.

Se llevaba casi ochocientos pesetas y dejaba la ilusión de la salud entre aquella gente... ¡qué más podía pedir ni dar!

Nadie sabía quién era «el Señorito», ni de dónde venía. Sus curaciones, y el no imponer precio fijo a su trabajo, le habían creado un halo de respeto, en el que lo humano se debilitaba ante el aparente poder sobrenatural que expandían todas sus acciones. Parecía que su fuerza parterrenal dependía de tres factores: aquel blusón oscuro, el velón, siempre rezumando esperma amarilla, y aquellos rojos peces, de vitalidad eléctrica, surcando la limpia agua que diariamente renovaba Teresa. La lechuga, por ser disecada, perdía toda fuerza en la imaginación de aquellas gentes. Quizá les impresionaba más aquel barómetro rancio.

Los meses transcurrían y la clientela progresaba en cantidad y, lo que era más importante, en calidad. Aquella tarde, en el recinto de espera, aguardaba un matrimonio de porte muy distinguido. A la entrada, un lujoso «Cadillac» negro, en cuyos laterales de las puertas exhibía insolente una minúscula corona ducal, hacía «pendant» con un chófer impecablemente uniformado, al que el roce con un estamento discreto mueca de desprecio hacía aquellos lugares inframodestos, en los que la miseria grita fuerte al acomodado que lo contempla.

Una densa humareda denotaba la mala calidad del tabaco que se fumaba en la antasala del curandero. Alguien abrió el ventanillo para mejorar el ambiente. Esta menlobra y la combustión, por parte del aristocrático matrimonio, de unos cigarrillos ingleses con filtro, consiguieron hacer más grata la atmósfera.

Resultaba curioso que allí nadie hablara de sus dolencias y menos del curandero a quien se las iban a confiar. En lo íntimo de su ser, todos sentíanse un poco avergonzados en despreciar la ciencia médica y entregarse a la superchería de aquel individuo, pero... todos tenían fe en él. Mucha gente se curaba y la fama se esparcía.

Los «clientes», mientras llegaba «el Señorito», tocaban todos los temas.

—Buen programa hay esta semana en el Excelsior —decía un mazabete rubicundo—. Yo he visto el «Motín del Calne» y es estupendo.

Todos dirigían, al unísono, la mirada hacia el cartel de propaganda. El matrimonio distinguido guardaba silencio en un rincón. Fumaban sin tregua, nerviosos.

Pensaban para sí cómo habían podido decidirse a dar aquel paso y cómo se colocaban a la altura de aquellas mentalidades. Todos, sin excepción, eran gente tosca, de poca cultura... por eso estaban allí. Pero ellos...

Alguien, inesperadamente, se levantó tras mirar su reloj y de un portazo salió a la calle escupiendo, despechado.

—Ya está bien de aguantar a este tío. Bueno que nos engañe, pero que encima nos haga esperar como borregos... ¡Que le espere su pedrer!

Su decisión de marcharse y sus palabras fueron sancionadas por todos, con la mirada y los comentarios.

—¡Qué falta de respeto! Nadie le obliga a venir aquí.

—Es un desgraciado ignorante. Se las da de culto y dice que... bueno, que el curandero es un camelo. ¡Qué sabrá él! Está emergado porque no hay médico que le cure sus billis.

Una mujer menuda, que apretaba nerviosamente las esnas de un capacho, también lanzó su crítica hacia el «desertor».

—Más critica que él han venido por aquí y se han curado. Mi marido, que estaba baladito de reuma, anda ahora como los ángeles. Y muchos de ustedes saben que el Fernando no es que sea Lope de Vega, pero tiene cultura para saber dónde se mete.

La gente, que escuchaba en silencio, asentía con la cabeza. Aquella mujer, enmorada y admiradora a ultranza de su marido, no quiso desaprovechar la ocasión para incensarle.

—El Fernando le lleva la contabilidad a una fábrica de colas y lee mucho. En cuanto que se hace con unas pesetas de más, yo se está comprando libros. En una semana se ha leído «Pietro y yo», ese que le dieron el Premio Nadal... —serenicio, seguro— y ahora va por la mitad de «Los cipreses». Pues a pesar de su cultura y educación, es muy capaz de partirle la cara a quien se meta con don Vicente.

Teresa no cabía en sí de satisfacción ante aquel discurso apologístico. Hablar bien del «Señorito» lo agradecía más que si alabaran cien veces a su propia madre.

La motocicleta se oyó, y el público guardó un respetuoso silencio. El anhelo de curación se reflejaba en todos aquellos rostros.

El matrimonio tiró los cigarrillos al suelo. El los pisó, nerviosamente, mientras no perdía de vista la puerta por donde entraría aquel extraño personaje de quien tanto le habían hablado.

El curandero irrumpió en la habitación y, tras saludar lacónicamente, se internó en su recinto. Teresa entró con él, y mientras le ayudaba a ordenar todo aquel tinglado en que el sabor de una quimancia de orden curativo y los exorcismos con los peces se conjugaban perfectamente, le hizo hincapié de la presencia del matrimonio.

—Deben ser gente «muy alta». Están los segundos. ¿Quiere que los pase antes que nadie?

—No, que esperen su turno. ¿Cómo está Daniel?

—Desde ayer, fenómeno. Quiere que pase a verlo luego.

—Está bien, verá si luego puedo ir. Vamos a empezar, que hoy tengo prisa.

Los aristócratas, siempre acostumbrados a «pisar fuerte», entraron con una timidez, mezcla de duda y esperanza, después que hubo salido aquella mujer con el niño, llena de frasquitos de píldoras blancas y azules, amén de un paquetito con unas hierbas un tanto resacas.

—Nos han hablado de usted... Creo que ha conseguido que Luisa... la que fue nuestra doncella... —El marido intervino.

—Llevamos cuatro años casados. Hemos hecho todo lo que había que hacer... La han intervenido quirúrgicamente hace año y medio...

—No tienen hijos, ¿verdad? —terció el curandero.

—Sí es. ¿Puedo fumar? —Insinuó el caballero al mismo tiempo que ofrecía su pitillera abierta a aquel ser enigmático.

—Sí, puede. No, aquí no fumo. Gracias. Cuénteme, ¿qué enfermedades han tenido de niños y de adultos?, ¿cuántos hijos han tenido sus padres y hermanos?, ¿qué le han hecho en la operación?

Durante más de diez minutos el matrimonio se explotó con gran riqueza de detalles, síntomas, sugerencias, etc. Aquella vez «el Señorito» se concentró poco tiempo ante la pece.

—Creo que no hay nada que hacer. No quisiera hacerles concebir unas esperanzas...

La cara de la señora se transformó. El gesto de esperanza que habían tenido dio paso a un rictus melancólico.

—Pero... ¿y Luisa?, ella ha podido tener un hijo...

—Lo siento, señora, usted no. Discúlpeme, Teresa, acompañe a estas señoras.

«El Señorito» debió sentir miedo a administrar sus «extractos» a aquella gente. Quizá pudiera costarle caro. Al mismo tiempo, una ola de conmiseración se apoderó de él. De él, un hombre sin escrúpulos...

—Espere. Tomará una teja de la infusión de estas hojas con una píldora de este frasco. Usted —dijo al esposo— tomará dos cucharadas de granulos tres veces al día. Vuelvan por aquí antes de las Navidades, pero... no les aseguro nada. ¿Entendido?

Los peces permanecían quietos, muy quietos. Parecían dolidos de su escasa intervención en el caso. Al salir, el esposo depositó un billete de mil pesetas en el cajo de los donativos. Teresa les acompañó hasta el coche. En su mano descansaba otro de cien: «¡Jolín, que propina! Merecían curarse» —pensaba en su interior—.

Antes de entrar los siguientes, el velón comenzó a debilitarse poco a poco en su luz, hasta que se apagó. Cuando el curandero iba a llamar a Teresa para que lo encendiese nuevamente, unos

**SIGUE**





gritos profundos, desgarradores, histéricos, se oyeron en la calle. Entre los gemidos se escapaban imprecaciones:

—Se me acaba de morir! ¡Se me ha muerto! ¡José, mi José se me ha muerto! ¡Maldito sea ese mamón de curandero, que me lo echó el mal de ojo!

Era la mujer de aquel hombrecillo delgado, pálido. Un cáncer gástrico lo acababa de matar, no el curandero.

Aquello no ocasionó perjuicio al «Señorito». Todo lo contrario; su fama se incrementó.

—¿Te enteraste? Hace dos meses le dijo que se moría y se ha muerto. Al que le dice que se cura, lo cura, pero al que le dice que no, ese «casca» como mi abuela (q. e. p. d.).

Cuando un viernes llegó «el Señorito» distinguido, desde lejos, algo raro. Frente a la casa de Teresa se arremolinaba la gente tumultuosamente. Algo anormal ocurría.

Antes de bajarse de la «moto» se le acercó Teresa desencajada, lívida.

—Don Vicente, escape, váyase. La policía está ahí dentro. Vienen por usted.

No le dio tiempo a reaccionar. Dos inspectores ya se acercaban. «El Señorito» no descompuso la figura. Pese a que su rostro había blanqueado, aparentó tranquilidad.

—Vamos, pollo. ¡Tú eres el curulotodo?

La gente ofrecía un mudo coro humano en torno a ellos. Eran unos cobardes. Todos la habían aceptado durante dos años y pico y ahora le negaban con su silencio y pesividad. Sólo una voz salió en su defensa. Partió de una mujer enlutada. Era la viuda del canceroso.

—Déjenle. El no ha engañado a nadie.

«El Señorito» esbozó una sonrisa de agradecimiento mientras, impulsado por un empujón poco académico de un policía, penetraba en el coche-patrulla.

—¡Hijos de perra los que le hayan denunciado! —clamaba, desconsolada, Teresa, mientras con su fiera humanidad protegía lo único que le quedaba de don Vicente: la motocicleta.

...

—No hablaré nada hasta que llegue el comisario, ni enseñaré documentación alguna. Les ruego me permitan este deseo.

Los agentes de la comisaría no insistieron. A los veinte minutos llegó el comisario. Pasó a su despacho acompañado de los inspectores que habían, estérilmente, intentado interrogar al «Señorito».

A los pocos minutos se abrió la puerta y, secamente, fue ordenado pasar.

El comisario tosía bronco.

—Síntese. ¿Usted no sabe que está penado el ejercicio ilegal de la Medicina? ¿He oído hablar del intrusismo y de lo «mucho» que les gustan los intrusos a los profesionales?

—Perdone. Yo desearía hablar a solas con usted. Se lo agradeceré.

A un gesto del comisario, salieron del despacho los inspectores.

—¿Su documento de identidad? —leyó. Vicente Estrada González. Treinta y dos años. Domiciliado en Altamirano, ¿pero cómo? ¿Qué broma es ésta?

—Sí, no se altere. Yo le explicaré. ¿Quiere ver esta fotocopia? —El comisario no acertaba a comprender. Extendió la mano.

—Licenciado en Medicina y Cirugía... ¿pero, cómo es posible?

—Sabía que esto llegaría alguna vez —comentó Estrada—. Por eso, desde el principio de mi ejercicio, llamémosle ilegal, me acompaña siempre de la fotocopia. No quiero discursarle con el tópico de la pléyora médica, de los ingresos bajos... pero sí me comendé cuando le digo que tomé esta determinación al nacer mi primer hijo. Mis ingresos eran muy bajos y yo tenía que mantener dignamente a mi familia. Mi título y mi colegiación me autorizan a ejercer la Medicina, pero no especifican que sea con bata blanca y vitrinas cuajadas de brillante instrumental. Cuando así lo hice, yo no veía enfermos. Entonces comprendí que, si en vez de la bata blanca me ponía un sayón negro y si, en lugar de una mesa de reconocimiento, colocaba una pecaera con unos peces a los que tengo de antiguo en gran estima, y si cambiaba el Juramento Hipocrático por una lechuga diseçada, las cosas podían cambiar. Como así ha sido. Bueno, reconozco que ante mis compañeros —continuó Estrada, con voz firme— mi postura no es correcta; pudieran

avergonzarse de esta farsa mía, pero yo debo decirle a usted y a ellos, que los lunes, miércoles y viernes, «el Señorito» mantiene al pobre doctor Estrada, que ejerce la Medicina con toda legalidad en la calle Altamirano, con bata blanca y sin pecera. Y también tengo que decirle que mi curanderismo me ha enseñado algo que yo ignoraba, que la fe obra milagros, y eso no viene en ningún tratado de Medicina.

El comisario miraba absorto a Vicente Estrada. Se iba dejando ganar por momentos. No sabía si dictar anatema o rendir público tributo de admiración a aquel sujeto que comoagnaba la superchería con el ejercicio profesional; el trabajo de curandero con el orgullo de un título facultativo; en fin, que su verdadera magia consistía en hacer legal la ilegalidad.

—¿Un cigarro? —ofreció el comisario, con un gesto en el que se mezclaba una adustez formularia con un innegable deseo de que continuase explicando «originalidades».

—Gracias —Estrada encendió el cigarrillo del policía y el propio, con firme pulso; con la misma seguridad con que prendía el pábulo del velón. De acusado se estaba convirtiendo en acusador de una Sociedad más cerca del doctor Fausto que de Pasteur.

—Yo no puedo —continuó— curar a todos los «muchos» que van a pedir hora a Teresa, como tampoco lo puedo lograr con todos los «pecos» que acuden a mi consulta privada, pero un tuberculoso o un cardíaco, al que con mis preguntas (mirando a los peces, sí) sin que él se dé cuenta le estoy consiguiendo una historia clínica que me va a dar el diagnóstico, tengo usted la certeza de que logrará mejor curación con mi Hidracida o mi Digital porque no le extiendo una receta y sí, en cambio, le aseguro, con tono misterioso, que le volverá la salud con mi «flor de helecho» o mi «coral indio». Todo es cuestión de rebautizar los específicos y cambiarlos de envases.

—Bueno —interrumpió el comisario—. ¿Y los enfermos que precisan de análisis, radiografías, etc., para conseguir un cierto diagnóstico? Esos pierden el tiempo con usted; los está engañando.

—Le diré. Cuando mi «ojo clínico» no da más de sí en el interrogatorio y sé que todo puede depender de una «velocidad de sedimentación» o de un «electrocardiograma», tengo que rendirme. Comprenderá que no puedo citarle en Altamirano, porque sería mi «desprestigio». Existe una solución: le aconsejo que vaya a ver un médico y que le «analice sus humores», porque el caso es refractario a la medicina mágica. Y se van tan contentos. Aunque usted no lo crea, tengo fama de «curandero honrado». Al que le digo que se cura, se cura; al que le auguro que no hay nada que hacer, se muere irremisiblemente, y al que no sé lo que tiene, lo pongo en manos de un compañero, con medios auxiliares más eficaces que los peces y las lechuzas. Todo depende del desarrollo de unas facultades, como los médicos antiguos que no conocían el fonendoscopia. Yo acerté más observando y oyendo al enfermo, que auscultándole y explorándole por la pantalla de Rayos X. Por ejemplo, a usted me permito decirle que esa bronquitis asmática que tiene de unos años acá, se le curará cuando fume menos y no aspire el polvo de esta Comisaría.

—Pero... ¿cómo lo sabe? —exclamó, maravillado, el comisario.

—No es ningún misterio. ¿Usted cree que no me he dado cuenta de que han barrido hace poco, que acaba de fumar un cigarrillo y que cuando entró llevaba entre los dedos una celilla de puro? Es mucha coincidencia todo eso y que no haya dejado un momento de toser, para no diagnosticarle a usted una bronquitis asmática, irritativa, de origen alérgico, comprende?

...

—¿Qué farsante! Y le sueltan como si tal cosa —comentaban indignados los policías, en la puerta.

—¿Qué gran curandero! —pensaba para sí el comisario, mientras tosía como un energúmeno, al encender un «Partagás».

Vicente Estrada se alejaba con paso seguro, pisando fuerte, como un aristócrata de la Medicina.

(Ilustraciones de VALDIVIESO.)



"la comedia", de henri-françois rey

**N**O creo que «La comedia», de Henri-François Rey (Plaza y Janés, Barcelona, 1963) sea una buena novela. Me pregunto incluso si es una novela medianamente aceptable. La materia elegida no encierra ninguna novedad. Es materia que el cine, el teatro y la propia novela han tratado con no poca frecuencia en los últimos años. De otra parte, la fábula que da cuerpo a «La comedia», el trazado de los personajes centrales y la visión personal del autor ante este tema elegido, no ofrecen los suficientes rasgos de originalidad y profundización. Henri-François Rey reconstruye ante nosotros ese personaje ya típico —¿o acaso sería mejor decir mítico?— en la literatura contemporánea que es el hombre cuya vida no se orienta hacia ningún objetivo vital, cuya vida es un simple, un nebuloso estar en el mundo, sin otros alicientes que el sexo y el alcohol, los cuales, en la última instancia, no son para este personaje —el autor lo llama Franck— sino una forma de evadirse de la realidad, una manera de evitar esa respuesta radical y coherente que todo hombre ha de dar a su propio existir. Naturalmente: Franck es un desarraigado, un hombre indiferente por cuanto ocurre a su alrededor —él no trabaja, él no lee los periódicos, él no sabe qué responder cuando le dicen que el fascismo ya lo tenemos aquí, etc.—. Franck es también un desequilibrado, un enfermo, un hombre que anhela su propia destrucción. Y el momento trágico de su vida es aquel en que, una vez curado de su alcoholismo, descubre con asombro que ese anhelo de autodestrucción no obedecía al alcohol, sino a un impulso interior mucho más profundo. Es en este punto donde el señor Henri-François Rey, que durante todo el relato nos ha mostrado una especial predisposición al melodrama —las relaciones sentimentales entre Franck y Kim— escamotea la dimensión posible de su personaje al dar su caso por irremediables sin tratar ni por lo más remoto de indagar en los condicionamientos —de todo tipo— que le han llevado a esta situación y sin mostrar tampoco esa situación en el contexto social determinado.



"el viajero y su luz", de guillermo díaz-plaja

**S**E trata de un interesante libro de viajes. Pero no es «El viajero y su luz» (Editorial Argos, Barcelona, 1963) el resumen de un solo viaje, sino, por el contrario, un conjunto de notas y reflexiones de su autor, Guillermo Díaz-Plaja, a la vista de distintas regiones españolas y diferentes países. De esta manera, la lectura de este libro se hace especialmente agradable. En el curso de muy pocas páginas vamos de Copenhague a Berlín, de Grecia a Galicia, de África del Nordeste a Andalucía, de Turín a Gerona... Como el autor no se extiende en pormenores, como de cada sitio no quiere ofrecernos más que un solo aspecto, una observación personal, la lectura de este libro nos da la impresión de estar realizando un itinerario turístico a la velocidad de un avión a reacción.

No sé si esto es un defecto o una virtud. Probablemente no es más que una característica distintiva. Y uno piensa que está bien que, en este importante género que es la literatura de viajes y a libros en los que se describe minuciosamente una región, un país, y sus formas de vida, se den también estos otros, tan heterogéneos en su contenido, pero muy sugerentes en la medida en que permiten al lector, por su cuenta, establecer distinciones y comparaciones múltiples.

«El viajero y su luz» no es una colección de reportajes, sino, como queda dicho, de notas, de observaciones personales del autor. Aparte de que —por esa misma subjetividad a ultranza— algunas de sus opiniones resultan discutibles —del mismo modo que otras resultan reveladoras—, el único defecto que cabría oponer a este libro es el de que el autor, más que interesarse por las realidades sociales y humanas, se deja arrastrar, por lo general —y de una manera excluyente—, por las emociones estéticas.

por fernando molinero